

Aurora y crepúsculo de los fundamentalismos religiosos

Juan Antonio Rivera Moreno*

El crecimiento global del fundamentalismo suscita un enorme interés en todos los ámbitos, incluido el religioso, que es el ámbito de nuestra presente reflexión. La extensa bibliografía existente sobre el tema es una prueba de ello y recoge, sin duda, el interés social del fenómeno. ¿Se está convirtiendo ya el fundamentalismo, como decía Huntington, en la religión mundial? Puede ser que no le falte razón. Lo que sí está creando este fenómeno socio-religioso es *«una división entre “la gran mayoría”, secularizada, profanizada, desviada, herética o apóstata y un “nosotros” (no mayoritario) de puros rectos y no desviados. [...] Por esta razón, este componente psicosociológico conduce hacia el maniqueísmo de posturas y juicios que entorpece las relaciones de los “fundamentalistas” con los “otros” y de éstos con aquéllos. Una incapacidad para el diálogo que genera actitudes proclives a la división, la ignorancia mutua, cuando no la abierta confrontación»*¹.

Algo tiene el fundamentalismo de añadido que suscita tanto interés mediático. Digo lo de añadido porque originariamente este vocablo debería recoger los rasgos fundamentales, principales, de una determinada realidad. Obvio es decir que los fundamentos relacionados con la tierra,

* Profesor de Sociología de la Religión en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

¹ J. M. Mardones (Director), *10 palabras claves sobre Fundamentalismo*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1999, p. 37.

familia, religión e historia son para todos indispensables. Sin embargo, defender unos fundamentos no significa ser fundamentalista. Hay un hecho indiscutible: a nadie le gusta ser reconocido como fundamentalista. Tampoco las sociedades civiles o las instituciones religiosas quieren reconocerse como fundamentalistas. Fundamentalistas son siempre los otros. ¿Por qué utilizamos este mecanismo de defensa? ¿No estamos activando de este modo consciente o inconscientemente nuestros mecanismos de defensa de signo más o menos patológicos?

En el presente artículo abordaremos el fenómeno del fundamentalismo religioso atisbando su despertar actual, entrando en su naturaleza compleja que nunca terminaremos de escudriñar, aclarándonos con su terminología tan variopinta, haciendo unas leves referencias únicamente al hecho de la existencia del fundamentalismo en las religiones del Libro, tomando posiciones como creyente, analizando la aurora, el despertar de este fenómeno en la actualidad e intentando ver qué posibilidades hay de contemplar el crepúsculo de este interesantísimo fenómeno social y religioso.

ORIGEN, NATURALEZA Y CARACTERÍSTICAS DEL FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO

El fundamentalismo no es nuevo aunque se hable mucho de él. Está presente en todas las manifestaciones culturales pero se hace más evidente cuando la información llega de forma inmediata y repetitiva, y aparece una y otra vez en los diversos medios de comunicación. Consiste en *«identificar una fe religiosa o una simbología política con la forma cultural e institucional que tuvo en una época anterior; esta información puede ser hecha tanto en forma histórica (ideológica) como mítica. Es una manera de fetichizar, es decir, de identificar verdad con ideología, en su forma negativa»*².

² López de la Osa, J. R., «Fundamentalismo, Lenguaje y Religión», en *Estudios Filosóficos* 12 (1994), p. 461.

¿Qué hay detrás de todo fundamentalismo religioso? ¿Quién lo sustenta? La respuesta es bien sencilla: una persona. Pero, ¿qué tipo de persona? Alberto Carrera³ apunta que detrás de todo integrismo, fanatismo y fundamentalismo hay dos tipos de personalidad y dos constelaciones propias de la posmodernidad: la narcisista, calificada como la enfermedad de nuestro tiempo, y donde el placer y el capricho individual se erigen en criterio último o valor supremo, y la personalidad desestructurada que conlleva debilidad y desorientación, con la consiguiente angustia, suscitando la búsqueda de seguridad y, con ello, el seguimiento a cualquier líder que parezca tener ideas claras y firmes. O sea, detrás de todo fundamentalismo hay una personalidad patológica. Esto debe estar muy presente a la hora de contemplar la aurora y el crepúsculo de cualquier tipo de este fenómeno social y religioso tan de actualidad en nuestros días.

No es de extrañar, pues, que el fundamentalismo germine y se desarrolle en torno a dos contravalores: *el complejo de inferioridad y la inseguridad ante lo distinto*. Como consecuencia de ambos contravalores surge una especie de imperialismo cultural, que intenta apropiarse, conquistar aquello que se considera superior, que supone una riqueza para el que se encuentra acomplejado o inseguro.

Un indicador más del carácter patológico del fundamentalismo es que éste surge cuando se absolutiza la verdad. Y esto se da «*cuando algunos toman determinadas "realidades" de su propia cultura (o religión, podríamos decir), las subliman y las convierten en válidas para todo tiempo y lugar, menospreciando y hostigando así las demás cosmovisiones culturales*»⁴. No ocurriría todo esto si se diera un conocimiento mutuo entre culturas, civilizaciones y religiones. Su omisión da lugar a todo tipo de actitudes y de reacciones patológicas, agresivas o violentas. Es inherente al fundamentalismo la imposición de los valores religiosos en el espacio público, unas veces desde «arriba» del poder del Estado (Jomeini, sionismo

³ Carrera, A., en su artículo: *El relativista hace el juego a los fanáticos. Por una coevolución más equilibrada*, en <http://www.unizar.es/acaras/TextFundamentalismos.htm>

⁴ Podga, F.: «En torno a las raíces culturales del Fundamentalismo», en *Moralía* 25 (2002), p. 467.

religioso, algunos movimientos católicos, etc., y otras, desde «abajo», tejiendo un entramado social (el movimiento Tabligh en el Islam, los ultraortodoxos, antisemitas, numerosas sectas, etc.).

La decadencia moral, la secularización religiosa, la pérdida de identidad y de valores tradicionales, etc., son factores que explican, aunque no determinan, ni mucho menos, el resurgir del fenómeno del fundamentalismo ya que de por sí es reaccionario y se vuelve fértil cuando encuentra un vacío de identidad cultural, y aporta entonces al individuo y a la colectividad un sentido a su vivir, sufrir, pasar hambre, guerras, destrucción, muerte, etc. Aquí está, precisamente, una de las claves del éxito del fundamentalismo, *«la reconstrucción de una identidad para las masas desposeídas, intelectuales y marginadas»*⁵. Y no sólo esto. El fundamentalismo encuentra apoyo dentro de la misma situación religiosa. Como afirma Mardones, *«basta echar una mirada sobre la evolución de la religión en la modernidad para darse cuenta de que no es una mera casualidad de que asistamos a reacciones fundamentalistas. También la religión, su confrontación con la modernidad, con la cultura y sociedad de este último siglo y medio, sirven para explicar el fundamentalismo. La religión, es decir, el sentimiento y percepción religiosa de muchos creyentes y de los representantes institucionales, quedaron profundamente heridos por lo que juzgan un ataque despiadado contra la religión»*⁶.

Pero hablar de fundamentalismo es hablar también de algunos conceptos afines. Por ejemplo, hay un cierto paralelismo, que no identidad, entre fundamentalismo e *integrismo*. El integrista cuida de la pureza y totalidad de la doctrina y, al mismo tiempo, es propenso, en ocasiones, a defender las propias posiciones con una cierta vehemencia. De ahí el *fanatismo*. Fanático procede de *Fanum*, lugar consagrado a la presencia de la divinidad. Originariamente, fanático era el servidor del santuario, pero debido a la actitud intransigente de algunos de ellos, este concepto pasaría a tener

⁵ Podga, F., o. c., p. 480.

⁶ J. M. Mardones (director), o. c., 1999, p. 26.

un sentido peyorativo. La raíz de la actitud fanática es la angustia, el pánico que experimenta el hombre ante la presencia del Misterio. El fanático llega a identificarse con el mismo Dios. En su extremo más violento llega a arremeter pasionalmente contra todos los obstáculos que se opongan a su voluntad. Éste es el fanatismo que conduce a la beligerancia, a la intolerancia e, incluso, a la violencia. Junto con el fanatismo hay que situar a los *dogmáticos*, que desean que su doctrina religiosa sea tenida por verdades absolutas sin la más mínima duda o contradicción.

Como denominador común de estas actitudes está la intransigencia caracterizada por la no tolerancia de todo lo que sea contrario a sus gustos, hábitos e ideas. Y todo ello porque se ve amenazado lo nuclear de las instituciones religiosas, sus señas de identidad. Y cuando esto tiene lugar se percibe un sentimiento de inseguridad, de angustia, de reacción agresiva en ocasiones. Es una identidad que no está segura de sí misma sino que se define deslindándose de enemigos reales o supuestos y adoptando ante ellos una actitud negativa. Por eso la beligerancia verbal o física será como luego veremos una de las notas distintivas de los fundamentalismos.

Hay otras características comunes en los fundamentalismos, tales como su carácter antimoderno culpando a la modernidad de todos los males del mundo (aunque no son antitecnologías), antiseculares, o defensores a ultranza de recuperar sus tradiciones o el deseo de imponer control sobre las mujeres hasta someterlas y lograr su completa subordinación al varón.

CÓMO CONTEMPLAR EL FENÓMENO DEL FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO ACTUAL

La sociología puede divisar la realidad actual de los fundamentalismos religiosos, analizarla, contemplar su enorme complejidad, intentar dar explicaciones fundadas sobre el fenómeno que ayuden a formular una interpretación lo más científica posible. Incluso puede aventurarse, a raíz de estos presupuestos, a elaborar predicciones a largo y corto plazo. Lo

que no podrá nunca ser asegurado que en el futuro la sociedad civil o religiosa vaya a caminar en tal o cual dirección. La cantidad, variedad, heterogeneidad e intensidad de los cambios sociorreligiosos es de tal calibre que hace prácticamente imposible dicha tarea. Lo que sí puede hacer y hace la sociología es elaborar unas posibles hipótesis de comportamientos tanto en el campo estrictamente social como religioso.

En este sentido cabría preguntarse, por ejemplo: ¿Habrán posibilidades algún día de contemplar el crepúsculo de los fundamentalismos religiosos? ¿Desaparecerá, por ejemplo, el fundamentalismo islámico, que tanto preocupa en Occidente? ¿Qué papel desempeñaría la cultura occidental en este crepúsculo religioso? F. Podga afirma en este sentido que *«para evitar recelos y el enconamiento de la situación, el primer protagonista de estos cambios no puede ser Occidente. Hay que dar prioridad a los propios grupos internos de la sociedad islámica que reivindican el cambio. El fin del fundamentalismo islámico no vendrá por la imposición desde arriba, sino más bien de intercambios desde abajo y dentro de las mismas sociedades azotadas por el problema»*⁷.

*«Cuanto más capacidad posea una religión para dar cabida en su seno a los logros de la Filosofía, menos permeable será a la tentación fundamentalista. Y es que cuando la religión sólo bebe en su propio pozo, sin atender a los profetas extranjeros, puede terminar creyendo que no hay más verdad que la suya»*⁸.

Hay atisbos minoritarios de interpretar el Islam desde la Ilustración y la lectura crítica, pero esta corriente es muy minoritaria y procede de intelectuales que viven en países occidentales. «O somos capaces de crear unas relaciones multipolares de poder, equitativas e incluyentes, o estaremos abocados a la peor de las suertes»⁹.

⁷ Podga, F., o. c., p. 485.

⁸ Freijoo, o. c., p. 192.

⁹ Boff, L., o. c., p. 45.

En la aparición de auroras o crepúsculos fundamentalistas tendrá mucho que ver el cómo se asume desde cada religión las críticas internas y externas sobre el ser y actuar de cada una de ellas. El cristianismo tiene la ventaja, sobre otras religiones, de haber pasado por una Ilustración y por continuas críticas al inmovilismo de la Iglesia. Al final, la Iglesia ha asumido la modernidad y ha aceptado en toda su radicalidad –pero no sin resistencias, incoherencias e injustificados frenazos– el estudio de la Biblia desde la filología, la sociología, la historia, etc.

El Islam, por ejemplo, tiene esa tarea pendiente. Todavía no han estudiado científicamente el texto coránico. Para ellos el texto es un dictado de Dios a través del ángel Gabriel. Mahoma no ha puesto nada de su parte. Y si Dios ha hablado así, ¿cómo atreverse a cambiar sus palabras para adaptarse a otros pueblos o a épocas posteriores? Por eso, el musulmán considera autosuficiente el Corán. Ahí está todo y lo único que hay que creer. El cristianismo, en cambio, entiende que los textos bíblicos representan la revelación de Dios al corazón de los distintos autores de los libros sagrados, quienes, después, intentan formular con sus propias palabras esa experiencia de la divinidad.

El Judaísmo se encuentra, por otro lado, con una dificultad grande para erradicar posibles brotes de fundamentalismos religiosos. Se trata de la importancia que para todo judío tienen los vínculos sanguíneos. No hay más pueblo elegido que el judío. El Cristianismo y el Islam superan este sectarismo invitando a todas las culturas a adherirse al camino de salvación.

Con todo, una religión bien entendida nunca debe llevar a la intolerancia ya que lo nuclear de toda religión es entrar en relación con un Dios que es por naturaleza suma bondad. Si en la base de toda persona religiosa hay una profunda experiencia de perdón gratuito sin haberlo merecido, no es posible que se generen desde aquí actitudes intolerantes. No hay que olvidar que la primera razón para ser tolerantes es que nadie tiene el punto de vista absoluto y que, por tanto, necesitamos de los demás.

Hay una pregunta de fondo que está continuamente flotando en el ambiente. ¿Está justificada ideológicamente la violencia fundamentalista? Para el fundamentalista radical, claro, evidentemente. Para los que no lo son estas conductas son absurdas y no guardan proporción entre causa y efecto. Pero se trata de llegar a prevenir estas actitudes. La persona culta, sensata, prudente, puede tener una identidad cultural y religiosa determinada que le hará tolerar conductas extrañas para ella pero que jamás adoptará actitudes combativas radicales y violentas por las consecuencias negativas que pueden conllevar. Los fundamentalistas, en cambio, son capaces de dar la vida o «exigirla» por temas sin importancia. No son capaces de situar cada problema en su lugar. Los radicales, en lugar de utilizar canales democráticos, usan métodos violentos para conseguir sus objetivos.

ALGUNAS MANIFESTACIONES DE FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO¹⁰

Encontramos manifestaciones de fundamentalismos religiosos en todas las grandes religiones históricas de la humanidad. Así, por ejemplo, en el Hinduismo, el Muhâbhârata y el Râmâyâna contienen narraciones de acciones guerreras como paradigmas de conducta virtuosa.

A lo largo de la historia de las tres religiones del Libro, Judaísmo, Cristianismo e Islam, se ha acudido a textos religiosos para justificar acciones violentas remitiéndose a la autoridad de la palabra divina. El fundamentalismo en las religiones del Libro se da cuando ninguna de las tres abandona la idea ser el pueblo elegido y el portador exclusivo de la revelación del Dios único y verdadero, y esta creencia lleva a actitudes y comportamientos intransigentes y/o violentos. En las tres religiones monoteístas el fundamentalismo ofrece signos, tonalidades e intensidades muy variados. No queremos entrar en detalles sobre cada una de estas religiones ya que no

¹⁰ Según Barret, D. B., y otros, en *World Christian Encyclopedia*, 2nd. Ed. Oxford, Oxford University Press, 2001, 2 vols., en el año 2000 había en el mundo 1.999 millones de cristianos (33 %), 1.188 millones de musulmanes (19,6 %) y 14 millones de judíos (0,2 %).

es el objetivo de este artículo¹¹. Sólo pretendo dejar constancia de la existencia de este hecho en las mismas a fin de que nos sirvan como luces que iluminen nuestro camino de diálogo intercultural e interreligioso.

Judaísmo

El fundamentalismo judío sólo podría ser comprendido desde la propia tradición religiosa y cultural judía, y no desde motivaciones políticas o económicas tal como se piensa desde corrientes del pensamiento moderno ilustrado. Como sucede con otras religiones, la postura fundamentalista judía ahonda sus raíces en el conflicto cultural surgido a finales del XVIII y comienzos del XIX con el advenimiento de la Ilustración que en Israel tuvo su particular cultivo. Asimismo, el fundamentalismo judío se enmarca, por otra parte, dentro de los grandes conflictos sociales e ideológicos del siglo XX y del «conflicto de civilizaciones» anunciado por Huntington para el siglo XXI.

Son varios los factores que, según Trebolle Barrera¹², han contribuido al desarrollo del fundamentalismo judío: *«el hecho del Holocausto y la incapacidad de las democracias europeas para hacer frente a la dictadura nazi... la implantación en Israel de las formas de vida laica de la sociedad occidental... la implantación en gran escala de un sistema escolar ultraortodoxo... la victoria en la guerra de los Seis Días en junio de 1967 produjo en el mundo judío una efervescencia mesiánica y la sensación de que el exilio y las calamidades de la vida en la diáspora durante los dos mil últimos años habían concluido para siempre».*

Aunque en un sentimiento muy estricto del término no se pueda decir que exista dentro de las diversas corrientes del Judaísmo, o del Judaísmo en general, un fundamentalismo propiamente dicho, sí hay manifestaciones fundamentalistas como la que ofrece la intolerancia de los grupos ortodoxos

¹¹ Entre otros materiales el lector encontrará un buen apoyo bibliográfico sobre este punto en el interesante libro de J. M. Mardones (director), o. c., pp. 105-244.

¹² J. M. Mardones (director), o. c., pp. 182-186.

judíos que se niegan a dar un palmo de tierra del «Gran Israel» a los palestinos a cambio de paz, o los grupos ultraortodoxos del barrio de Meah Shearim de Jerusalén que se escandalizan ante las celebraciones del cincuenta aniversario de la declaración del Estado de Israel porque, a sus ojos, sólo el Mesías, a su retorno, podrá restablecer el Estado Judío. Otra cosa es su actitud fundamentalista frente a los problemas básicos de la organización social de la fe. El Estado de Israel se reconstruye, por ejemplo, según las dimensiones marcadas en la Biblia hebrea.

El fundamentalista judío pretende ofrecer la base sobre la que se funda la identidad judía. Esta identidad, personal y colectiva, es la garantía única e indiscutible contra la aculturación y la pérdida de los valores judíos tradicionales amenazados por la sociedad moderna ilustrada. Es esencial para el fundamentalista preservar dicha identidad para de este modo hacer frente a la invasión de la secularización moderna y lo que puede considerarse como su consecuencia más desastrosa: la asimilación y la autodisolución en el mundo no judío.

Hay que mirar el fundamentalismo como un fenómeno en gran medida más cultural que específicamente religioso, aunque lo religioso, como reconoce Treballe, *«puede atizar el etnocentrismo judío, la hostilidad hacia los árabes, el rechazo de un compromiso sobre los territorios ocupados, la desconfianza hacia los no judíos, y el sentimiento de que la supervivencia física del pueblo judío se halla bajo constante amenaza»*¹³.

A la hora de contemplar las manifestaciones fundamentalistas dentro del judaísmo no hay que olvidar la situación de diáspora en la que vivió el pueblo judío, alejado de la tierra de Israel durante veinte siglos y que dio origen a dos concepciones muy diferentes del judaísmo y de las relaciones entre el pueblo judío y el Estado judío, entre religión judía y nacionalismo judío, especialmente en la versión sionista de este último. Su corriente más celota o más extremista trata incluso de acelerar los tiempos mesiánicos

¹³ J. M. Mardones (director), o. c., p. 189.

mediante un agitado activismo político dispuesto a llegar hasta la lucha violenta si fuera necesario.

Conviene puntualizar que salvo estos grupos muy radicalizados en sus posiciones religiosas, en la mayoría de los creyentes judíos no se advierte unas posiciones fundamentalistas preocupantes.

Cristianismo

El fundamentalismo surge, dentro del protestantismo estadounidense, entre los años 1910 y 1912 para referirse a la interpretación literal de las Sagradas Escrituras. Este movimiento rechaza el liberalismo en la interpretación bíblica y también el uso de los métodos científicos e históricos en diálogo con la fe cristiana. Todas estas ideas fueron expuestas en 12 libritos: *The Fundamentals (Los Fundamentos)* donde se proclamaba la aceptación de las doctrinas literalmente, como el nacimiento virginal de Cristo, la resurrección y, especialmente, la inspiración literal de cada palabra de las Sagradas Escrituras y su infalibilidad verbal.

Todo esto llevaba consigo, por ejemplo, el rechazo de las ciencias biológicas que habían cobrado una enorme actualidad con la aparición del darwinismo. Este nuevo fundamentalismo protestante tuvo una clara connotación antihispana y anticatólica, una fuerte influencia de los Estados Unidos que actuaban con una clara conciencia mesiánica y providencialista a la par que con una intención secundaria de afianzamiento de los intereses estadounidenses en el continente: «*América para los americanos*» (Monroe, 1823). Según su doctrina del «Destino Manifiesto», los Estados Unidos tienen un destino manifiesto que cumplir: extenderse por el continente que le ha sido otorgado por la Providencia. Pero no incluyó cuestiones sobre la sexualidad y el estado de la mujer. Ahora, el protestantismo fundamentalista incluye el rechazo al aborto o, la sexualidad fuera del matrimonio. Desde la década de 1980 hay un aumento impresionante del poder político del fundamentalismo protestante en los Estados Unidos y, especialmente, en el partido republicano.

El catolicismo y las religiones indígenas habían sumido a América Latina en la esclavitud y pobreza y habían adulterado el mensaje evangélico. *América* (los Estados Unidos) *es la única nación cristiana del mundo.*

Este fundamentalismo tenía un peso muy fuerte del puritanismo (sobre todo) y de la tradición pietista y estaba basado en una fuerte oposición al mundo moderno, a la razón y a las corrientes científicas e ideológicas nacidas de la modernidad, en una fidelidad a una tradición inmutable y en una visión pesimista del mundo y de su historia, en una ruptura con el movimiento ecuménico y con el consejo mundial de las Iglesias, en la negación de todo tipo de evolución, y en una fuerte pureza doctrinal.

En un sentido más general, el fundamentalismo bíblico *«considera que la Biblia es clara y evidente, inmune a todo error porque contiene la revelación divina y que, por tanto, proporciona seguridad para todas las circunstancias de la vida. Considera que la Sagrada Escritura es una fuente viva de verdad, que está por encima de la búsqueda racional y del debate social, de modo que fácilmente se cae en el dogmatismo y en la intolerancia»*¹⁴.

Dentro del fundamentalismo cristiano hay dos vertientes: una de signo doctrinal simbolizada en el pensamiento del *extra ecclesia nulla est salus*, (Bonifacio VIII, 1302), y la otra de signo ético-moral. Dentro de la primera se sitúa una de las manifestaciones más expresivas del fundamentalismo cristiano moderno, de signo *restaurador e integrador*, de las viejas tradiciones cristianas, que rompe con los aires renovadores que aportó el Vaticano II, y que es el movimiento de Lefèbvre, en la década de 1970-1980. El obispo tradicionalista francés rompe con Roma tras el Concilio, funda una Iglesia paralela, considerada por él y los suyos como la única depositaria fiel de la fe verdadera y acusa de traidora e infiel a la Iglesia de Roma.

En España podemos recordar, por ejemplo, sendas muestras de fundamentalismo religioso en los dos últimos siglos. Una, la del periódico *El Siglo*

¹⁴ Aguirre, R., «Las Escrituras Sagradas, ¿compatibles con la razón ilustrada?», en *Iglesia Viva*, 158 (1992), p. 195.

futuro, fundado en 1875, en un periodo de claro enfrentamiento entre los sectores fundamentalistas del país. Se trataba básicamente de una publicación, de escasa tirada, con fines ideológicos propios de la prensa del siglo XIX y que sobrevivía gracias a los suscriptores «a la causa». Alimentaba un antisemitismo atroz afirmando en una serie de artículos, durante cincuenta y tres semanas, que «*el judío es acaparador de negocios, soberbio, que no se amolda a los ideales de otros pueblos ni individuos... que es y será extranjero en todos los pueblos y con todas las razas. Y ésta ha sido la causa por la que los judíos han sido expulsados a lo largo de la historia de diferentes países y por la que Hitler y Mussolini han tenido que enfrentarse con el judaísmo y barrerlo en sus naciones*»¹⁵.

La otra muestra del fundamentalismo católico español puede estar marcada por la reacción en nuestro país al Decreto conciliar de Libertad Religiosa del Vaticano II (1965) que adquirió un interés virulento en determinados sectores de la vida política española: «*Nosotros declaramos, con todas sus consecuencias, que, ante leyes así, nuestra postura es la consabida de obedecerles por respeto, pero no de cumplirlas por imperativos de un deber que va más allá de todos los respetos y de todos los acatamientos que puedan afectar a un ser humano*»¹⁶.

Islamismo¹⁷

De lo último que ha llegado a la gran masa de gente sobre el Islam es que es una religión que convoca a actitudes violentas. Es una perspectiva que descontextualiza al Islam de su historia, de su desarrollo y de su realidad

¹⁵ *ESF*, 20 de julio de 1935, p. 25.

¹⁶ José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento, en la inauguración del II Congreso de Estudios Nacionalistas. *ABC*, 10 de marzo de 1968, p. 42.

¹⁷ El profesor J. L. Sánchez Nogales, en su artículo «El Islamismo. Un "Fundamentalismo" en el Islam» (I), en *Proyección* 203 (2001), p. 291, puntualiza que «islamismo no es sinónimo de Islam. Es un uso no sólo incorrecto sino equívoco. El Islam es una de las grandes religiones de la humanidad, de ámbito mundial, con vocación universalista. El islamismo, aunque comenzó significando determinado «estudio sobre el Islam» —nunca la religión—, ha quedado como término consagrado para designar una recepción extremista del Islam que conduce a una vivencia política ideologizada, radicalizada, anclada en el pasado, e incluso violenta, de esta religión».

presente. Ciertamente es una religión muy conservadora y tradicional que no ha pasado por el proceso de la Ilustración ni ha sufrido el consiguiente proceso de secularización, pero esto no puede llevar a la conclusión de que el Islam en sí mismo sea un terreno abonado para el fundamentalismo extremista y violento.

El Islam se centra no en una persona (Jesús de Nazaret) como el Cristianismo, ni en un pueblo elegido (Judaísmo), sino en un libro, el Corán, que ha sido revelado directamente a Mahoma. En el Corán está la revelación en estado perfecto y pleno y constituye el marco donde se basa la triple pretensión del Islam: como religión última absoluta, totalizadora y universal.

Desde una posición radicalizada y puritana del Islam, Occidente, la cultura occidental ya no tiene en cuenta a Dios, que parece haber perdido su sitio en este mundo rico y desarrollado. De ahí puede venir en parte su aversión a las democracias occidentales, que contemplan la vida religiosa, la separación absoluta del Estado y de la Religión, y su defensa, por consiguiente, del mundo islámico. *«Hoy el Islam es casi irreconocible como aquella religión monoteísta capaz de dar respuestas espirituales y temporales al hombre. Se ha convertido en un “partido político”, no único, sino plural, pero en el que lo que menos pesa es la idea religiosa en toda su pureza. Se plantea con frecuencia como una fuerte seña de identidad frente a Occidente...»*¹⁸.

El Islam divide el mundo en dos: la comunidad de los creyentes en el Profeta, por un lado, y, por otro, aquellos que no conocen o rechazan al Profeta. Los primeros están llamados a absorber a los segundos por convicción o por la violencia: *«¡Creyentes! ¡Combatid contra los infieles que tengáis cerca! ¡Que os encuentren duros! ¡Sabed que Dios está con los que le temen!»* (el Corán 9,123). En este sentido, para el fundamentalista puro, *«la muerte es algo dulce porque transporta directo al “mártir” al seno materno de Dios, por cuanto la vida se vive como desempeño de la misión divina de convertir o exterminar a los infieles»*¹⁹.

¹⁸ Montserrat Abumalham, en J. M. Mardones, o. c., p. 217.

¹⁹ Boff, L., *Fundamentalismo*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 43.

Entre las primeras muestras de reformismo islámico con signo de recuperación de una identidad musulmana amenazada por occidente hay que situar el *wahabismo* (siglo XVIII) o el movimiento *salafiyya* (siglo XIX). Más adelante, en el primer cuarto de siglo, allá por los años 1920, surgieron en Egipto los *hermanos musulmanes* que instauraron un Estado Islámico con una fuerte conciencia nacionalista y una fuerte oposición anti EE.UU. Esta situación coincidió con una fuerte depresión económica de la mayoría de los países árabes en las últimas décadas, lo que generó por otro lado un fuerte temor a la pérdida de la identidad musulmana y a un afianzamiento de todos los símbolos representativos de esta identidad.

Hay escenarios mundiales con manifestaciones muy variadas del fundamento islámico: las reacciones provocadas a raíz de la publicación de los *Versos satánicos*, de Salman Rushdie, la llamada a la guerra santa de Sadam Huseim, las proclamas antiestadounidenses de Jomeini, los ataques de los extremistas islámicos egipcios contra los cristianos coptos o la persecución a los cristianos de Pakistán, la reacción ante las caricaturas de Mahoma, o los atentados terroristas del 11 de septiembre en Estados Unidos, del 11 de marzo en España o del 7 de junio en el Gran Bretaña... Estas muestras de violencia no deben ser interpretadas como consecuencia exclusiva de una reacción a unas convicciones religiosas profundas sino que unido o no a estas convicciones se da la presencia de determinadas vicisitudes históricas, culturales y socioeconómicas.

En este sentido de intentar comprender globalmente y no sectorialmente el fenómeno del fundamentalismo islámico, el más conocido y de mayor repercusión en Occidente, Sánchez Nogales señala que «*la concepción global y totalizadora de la vida (para el musulmán), la carga emocional de la humillación y el resentimiento, el contexto de la codificación del derecho islámico, así como la carga hermenéutica del literalismo y la descontextualización, se potencian mutuamente para prestar a los extremistas que se deslizan hacia el islamismo radical, e incluso terrorista, una plataforma teológico-ideológica de legitimación y de justificación*

ante las masas musulmanas más empobrecidas y radicalizadas. El empleo ideológico del concepto teológico de yihâd para legitimar acciones de violencia terrorista inaudita tiene su última raíz en la recepción literal, descontextualizada, anquilosada y extremista del texto sagrado y de la tradición de la primera comunidad de Medina liderada por el profeta»²⁰.

Para este autor, «la vía de la violencia islamista, e incluso terrorista se concibe como forma desesperada de buscar en la identidad religiosa exacerbada un último recurso de dignidad y de “honor” frente a un Occidente percibido como la causa de su humillación, de su dolor en la injusticia y de su pobreza»²¹.

A todo lo anterior hay que añadir que la mayoría de los fundamentalistas radicales islámicos ven Occidente (simbolizado en Estados Unidos y Europa) como la causa de su humillación, de la situación de injusticia en la que viven y de su pobreza. En este hecho arranca su aversión hacia todo lo que proceda de esa cultura.

El problema que tiene el Corán es que están mezclados los textos de deberes estrictamente religiosos con los de deberes políticos. Aquí es donde tiene el Islam un importante y urgente reto: el de separar los elementos puramente religiosos de los de carácter político, ideológico o de otra índole, que son fruto de coyunturas políticas peculiares. Los musulmanes que distinguen la importancia de unos y de otros textos representan la esperanza más viva para un Islam más abierto a la verdadera convivencia entre culturas y religiones, lo que representa el polo opuesto a los peligros del fundamentalismo religioso.

²⁰ Sánchez Nogales, J. L., o. c., p. 301.

²¹ Sánchez Nogales, J. L., «El Islamismo. Un “Fundamentalismo” en el Islam» (II), en *Proyección 204* (2002), p. 32.

POSICIONAMIENTO DEL CREYENTE A NIVEL PERSONAL Y COMUNITARIO FRENTE AL FENÓMENO DE LOS FUNDAMENTALISMOS RELIGIOSOS

A la hora de tomar posiciones como creyente a nivel personal y comunitario, ante el fenómeno del fundamentalismo religioso, nos debe preocupar tanto el hecho en sí mismo del fundamentalismo como la persona que lo sustenta. Los dos aspectos están, como es obvio, intrínsecamente relacionados. Quizá en este artículo hemos hecho más hincapié en el primero de los aspectos que en el segundo. Pero no habrá un posicionamiento adecuado ante este hecho social y religioso sin un conocimiento y consideración específica de la persona que sustenta el fundamentalismo

Hoy están muy de moda en el campo de la psicología las teorías y técnicas para enseñar a pensar o para aprender a aprender, según se prefiera. Pues bien, el fundamentalista se caracteriza entre otras cosas por la rigidez o la estrechez mental en un campo específico del conocimiento como es el credo religioso. «El fundamentalista, el fanático, no piensa, reacciona. Cuando se ve forzado a argumentar, entonces repite lo que otros han dicho y le han prescrito para estos casos. La capacidad distanciadora de la mente y la reflexión queda en la bodega del sujeto maniatada y reducida por la fuerza. No hay lugar para la creatividad, porque la rigidez del pensamiento le bloquea»²².

El fundamentalista tiene alterado lo que los psicólogos llaman el narcisismo primario, esto es, una incapacidad que los niños tienen para admitir, aceptar, reconocer y valorar como positivo y rico lo diferente. Se queda en esta etapa infantil evolutiva. Sufre de fijación o de regresión. No maduran en este campo, aunque en otras facetas del desarrollo cognitivo estén muy avanzados. El fundamentalista tiene dañado este campo tan importante para la convivencia y la relación intercultural.

²² Mercedes Navarro: *10 palabras clave sobre Fundamentalismos*, o. c., p. 260.

Íntimamente relacionado con el narcisismo, se encuentra el concepto de egocentrismo que tan acertadamente estudió Piaget. El gran psicólogo suizo descubrió que entre los dos y los cuatro años de edad, los niños son incapaces de distinguir entre el mundo real y el mundo del yo por lo que resulta salir del propio pensamiento y aceptar las representaciones psíquicas ajenas. Algo semejante le ocurre al fundamentalista, quien parece anclado anacrónicamente en esta fase con especial dificultad para colocarse en el lugar del otro y hacerse cargo de un pensamiento y de una visión de las cosas y del mundo diferente a las propias. A esta deficiencia que afecta al fundamentalista hay que unir el hecho de percibir amenazas externas por todos los lados, que son fruto de las propias amenazas internas que él mismo padece.

Es característica del fundamentalista su dificultad para la demora, consecuencia de su exceso de ansiedad. Tal incapacidad se extiende a su dificultad para la tolerancia. No puede tolerar la espera. Tiene que actuar de inmediato. Las ideas nuevas le producen inquietud y sentirse amenazado. No parece preparado para soportar experiencias propias de la maduración humana y de sus posibilidades creativas.

Es necesaria una potenciación de la convivencia intercultural a pequeña escala, esto es, en pequeños círculos domésticos o institucionales. Las relaciones interculturales macros no son tan rentables como las micro. Éstas dan muchísimo más juego y se hallan más al alcance de nuestras posibilidades reales de convivencia.

Lo peor del fundamentalismo es la seguridad, el orgullo de saberse poseedor de toda y de la única verdad y no una parte de la misma. En relación con esto se pregunta Freijoo que «cómo es posible que, en vista de la variedad de culturas, símbolos y tradiciones que conocemos, algunos se atrevan a absolutizar su particular diferencia»²³.

²³ Freijoo, M., «El monoteísmo entre la universalidad y el particularismo», en *Iglesia Viva*, 158 (1992), p. 192.

El fundamentalismo no ha vivido el fenómeno de la secularización, que no es otra cosa que el diálogo entre la fe y la cultura de cada época que va cambiando y transformándose, y la religión debe buscar y encontrar su sitio en esta sociedad. Por eso una religión encerrada en sí misma, una cultura encerrada en sí misma tiene muy difícil salir de ese pozo peligroso que es el fundamentalismo.

Lo más peligroso de los fundamentalismos y de los fundamentalistas es el rechazo de cualquier opción divergente de la suya. De ahí su proclividad al totalitarismo, con una dosis elevada de tradicionalismo, autoritarismo y fanatismo. En una palabra, son poseedores de un espíritu sectario y con frecuencia intolerantes. Y si esto es muy peligroso, desde nuestro punto de vista lo es más que comunidades de creyentes en general o de cristianos en particular, no sepan o reconozcan que están viviendo en ese marco fundamentalista.

A partir del Concilio Vaticano II, hay una insistencia por parte de la Iglesia en recuperar el diálogo con el mundo moderno. Los enormes progresos logrados en las comunicaciones, medios de transportes, telecomunicaciones, altas tecnologías se tienen que traducir en una serie de acciones concretas que hagan realidad el diálogo entre culturas y religiones. El diálogo entre las grandes religiones históricas y entre las religiones del Libro debe cuidarse especialmente facilitando el mismo y allanando todos los obstáculos posible. El diálogo ecuménico entre católicos, protestantes y ortodoxos podría ser la avanzadilla y el paradigma de este otro gran diálogo de mayor envergadura geográfica e histórica.

La Iglesia Católica ha sido durante mucho tiempo intransigentes y no sólo en la época de las cruzadas, de las guerras de religión, de la Inquisición o del tribunal del Santo Oficio. Ha necesitado de las críticas hechas desde fuera para abogar por la tolerancia. Sin embargo, no es difícil percibir que este «nuevo» valor era algo intrínseco del mensaje de Jesucristo. De esta manera, el cristianismo podría, hoy por hoy, contribuir eficazmente a la educación para la tolerancia. Una tolerancia que debe pasar de su cara menos positiva

(la tolerancia pasiva) a la más positiva (tolerancia activa). En este sentido, Luis María Cifuentes afirma que «tolerancia positiva es algo más que soportar al diferente, exige ya cuestionar nuestro propio sistema de creencias y convicciones religiosas, morales y culturales. Dicha tolerancia obliga el conocimiento de las diferencias y el reconocimiento y respeto de los valores que aporta a mi propia visión del mundo esa diferencia. En otras épocas de la historia de la humanidad en que cada pueblo y cada cultura podían vivir aislados del resto, la tolerancia negativa podía resultarnos útil, pero en la modernidad tardía o en la postmodernidad en que vivimos, en sociedades tan complejas y plurales en todos los ámbitos de la cultura, es imprescindible que se ejerza la tolerancia positiva, porque es la única y la mejor forma de convivir democráticamente»²⁴.

Nadie puede poner en duda que el mejor antídoto contra los fundamentalismos es la tolerancia, la flexibilidad, el conocimiento profundo de cada identidad religiosa, las relaciones mutuas, la distinción entre lo fundamental y lo accidental de cada religión, el reconocimiento de las autonomías de las realidades temporales y religiosas, etc. Si esto falta se está creando inconscientemente el caldo de cultivo donde se desarrollarán «personalidades fundamentalistas» que buscarán seguridad en grupos rígidos e intolerantes. Por esto el neoliberalismo, al propugnar una sociedad individualista y competitiva, pone sin saberlo las condiciones sociales de las que surgen la extrema derecha, las sectas y los grupos integristas y fundamentalistas.

El fundamentalismo religioso, como cualquier fundamentalismo, es una postura que, filosóficamente, absolutiza lo que es relativo y relativiza lo que es absoluto. No tiene en cuenta la historicidad y el carácter situacional y cultural de los textos de los libros sagrados, elevando incluso lo irrelevante a la categoría de universal para todos los tiempos o interpreta dichos textos como un código de normas morales intangibles y sacadas de su contexto, haciéndoles decir lo que no dicen.

²⁴ Cifuentes, L.M., *Educación para la tolerancia: una pedagogía de la libertad de conciencia*, en <http://www.fundacioncives.org/tolerancia.html>

No estamos libres de caer en intransigencias y en actitudes cerradas, excluyentes o integristas. No pensemos, los cristianos, que estas actitudes sólo se dan en otras religiones y sobre todo en el Islam. Es cierto que la presencia de inmigrantes musulmanes entre nosotros nos ha facilitado la percepción de rasgos de intolerancia. Por el contrario, ellos ven en nosotros incomprendimientos y rechazos, no equiparables a los que sufren las minorías cristianas en los países islámicos. Necesitamos un mejor conocimiento del Islam cuyo eje central es el Corán, lo mismo que el Pueblo lo es para los judíos o Jesucristo lo es para los cristianos. Hay que desterrar de la mente de muchas personas la idea del Islam como fuente de conflicto permanente y ahistórica.

Hombres y mujeres necesitamos cierta «confianza básica» que nos permita aceptar y asumir el riesgo inherente a una vida madura que se enfrenta a lo nuevo y a lo diferente como a una posibilidad de crecimiento. Cuando esta confianza básica falta, nos volvemos rígidos e intolerantes.

Como afirma Flauquer, «el fundamentalista, en su necesidad de definición personal, dicotomiza la realidad y marca claramente la separación entre el yo y el no yo, entre el bien y el mal, entre lo que hay que alabar y lo que hay que aniquilar. Desde aquí podemos decir que toda pedagogía que busque puntos de intersección entre personas o culturas, todo aquello que haga ver que yo no acabo en mí mismo sino que me abro y me despliego en el otro, será una pedagogía pacificadora. Yo no dependo exclusivamente de mí mismo. Necesito del otro, del que es diferente de mí porque tiene algo que yo no tengo»²⁵.

Hay que saber conjugar identidad con tradición y creatividad. En nuestra época, la falta de algo eterno y absoluto produce pánico e inseguridad, lo que ha creado el caldo de cultivo básico para el fundamentalismo actual. Por eso es preciso contar con hombres y mujeres con mentalidades abiertas que sepan afrontar las modificaciones que sean necesarias sin dejar de ser

²⁵ Flauquer, J., «Fundamentalismo, entre la perplejidad, la condena y el intento de comprender», en *Cuadernos Cristianismo y Justicia* 77 (1997), p. 10.

fiel al espíritu original. Pero, al mismo tiempo, hoy es muy necesario el poder contar con una identidad clara que sea conocida y reconocida por la persona (identidad personal) y/o por los grupos (identidad colectiva).

No hay que olvidar, como dice Hashim Ibrahim Cabrera, que «las sociedades sufren en cierta manera las patologías de sus dirigentes. Las visiones regresivas producen sociedades regresivas y la nostalgia del estado confesional ha producido una sociedad más insegura, más incapaz de afrontar la contemporaneidad, más asustada ante el futuro. Pero los nostálgicos tendrán que aprender a convivir con quienes ahora miran hacia delante cultivando su más precisa identidad, ansiando vivir en una sociedad contemporánea y culta. En esta tarea estamos todos quienes no nos conformamos con las declaraciones, quienes estamos demandando una respuesta real a una pregunta legítima. Y no precisamente cerrados sino abiertos, dispuestos al diálogo, al aprendizaje y al conocimiento»²⁶.

Junto a esta posesión de la identidad hay que poner el énfasis educativo en cómo superar el miedo a la inseguridad, a lo diferente que todo fundamentalismo lleva consigo. Hay que aprender a valorar lo ajeno, pero no tanto en el campo del conocimiento como en el de la experiencia. Como afirma Flauquer, «es difícil, por no decir imposible, mantener una discusión racional con cualquier fundamentalista. Y no hay acuerdo porque no busca la solución más lógica, más racional, sino la que más seguridad le proporciona»²⁷.

Familia, escuela, instituciones religiosas y sociales deben favorecer encuentros y convivencias interculturales e interreligiosas. Estas instancias deben reconocer que la formación religiosa de calidad y la vivencia en autenticidad y sin patologías de un credo religioso son poderosos reductores de fundamentalismos ya que este tipo de creyente es más tole-

²⁶ Director de la *Revista Verde Islam*.

http://www.webislam.com/numeros/2004/256/opnion/cultura_laicidad.htm

²⁷ O. c., p. 21.

rante y menos sectarista. Por tanto deben apoyar todas las iniciativas que favorezcan dicha formación. Promover la experiencia de lo diverso, la capacidad del individuo de comparar y evaluar sin más condicionamiento que su propia capacidad intelectual, llegar a conocer los valores que sustentan esas otras visiones, las formas de vida que producen, es llegar a construir una sociedad y una Iglesia en consonancia con las necesidades de los hombres y mujeres de hoy.

Los cristianos tenemos razones más que suficientes para ser pioneros en tolerancia y/o en el diálogo intercultural e interreligioso. Estas razones arrancan, sobre todo, de la Buena Noticia que nos trajo Jesús de Nazaret, de ese aire fresco que supuso para la Iglesia el Concilio Vaticano II y de vitalidad de los pastores y de muchas comunidades cristianas.

Si queremos, como afirma Hans Küng, «que en la nueva Europa (que jamás volverá a ser la Europa “cristiana” premoderna) se evite el rebrote de los tradicionales enfrentamientos (conservadores-liberales, clericales-laicistas), habrá que poner todo el empeño en una coalición entre creyentes y no creyentes que ciertamente llevará no pequeños problemas»²⁸.

Sin embargo, constatamos que a nivel macroinstitucional son muy escasas (encuentros de Asís, por ejemplo) las muestras de este diálogo por lo complejo que resulta su organización. Más a nuestro alcance están los encuentros interculturales e interreligiosos a nivel microinstitucional: en nuestros barrios, parroquias, colegios, movimientos, comunidades cristianas, etc. Tienen menos repercusión mediática pero son más eficaces. En estos ámbitos podemos y debemos llevar a cabos experiencias de conocimiento mutuo y comunicaciones en distintos niveles entre culturas y entre religiones. Será la mayor y mejor contribución que podamos hacer para que los fundamentalismos en el futuro no tengan aurora ni crepúsculo sino que, simplemente, desaparezcan.

²⁸ Cifuentes, L. M., *Educación para la tolerancia: una pedagogía de la libertad de conciencia*, en <http://www.fundacioncives.org/tolerancia.html>